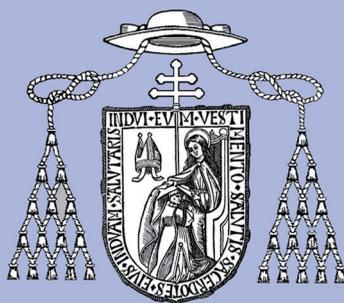


BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

- ¿Es necesaria la formación religiosa?, el 2 de junio..... 159
- Situación extraña, el 9 de junio..... 161
- Preocuparse por los monasterios, el 16 de junio..... 162
- ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de pascua?, el 23 de junio.... 164

II. Homilias

- Jueves de Corpus, el 20 de junio..... 165
- Alocución en la plaza de Zocodover, el 20 de junio..... 167
- Solemnidad del Corpus Christi, el 23 de junio..... 169

Vicaría general

- Presentación de los volúmenes de Escritos Pastorales y Homilias del Sr. Arzobispo (2009-2018)..... 171

Secretaría general

- Nombramientos*..... 177
- Nuestros difuntos*..... 177

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

¿ES NECESARIA LA FORMACIÓN RELIGIOSA?

Escrito dominical, el 2 de junio

Rotundamente sí. ¿Para todo el mundo? Para el que quiera, sobre todo para los padres que desean que sus hijos estudien Religión en la Escuela. ¿Y si lo que tenemos en España es un Estado aconfesional? Tanto más, como sucede en el conjunto de Europa, donde se dan la máxima protección a este derecho fundamental de los padres. Un Estado aconfesional no impone el laicismo, como hizo en algún momento la II República Española y deseos de ello se dan hoy también entre nosotros. Tampoco se añora un Estado confesional, que obligara a todos los padres a que sus hijos asistan a la asignatura de Religión.

¿Por qué una asignatura de Religión y Moral Católica, como otras similares para otras confesiones cristianas? Estamos en el mundo de la educación de personas humanas, no simplemente en el ámbito de saberes o técnicas. Preguntaba el famoso neurólogo y psiquiatra Víctor Frankl: “¿Qué ocurre cuando un enfermo se pregunta por el sentido real de su sufrimiento?” Responde él mismo: “Está manifestando la grandeza del ser humano que nunca deja de preguntarse sobre el sentido de su existencia. Esto no lo haría un animal irracional. ¡No! Pero un individuo de la raza humana, ¡sí! Así de contundente es la respuesta que hay que dar tantas veces en la vida”: ¿Por qué esta situación? ¿Por qué sucede esto o aquello?

El ser humano no deja de cuestionarse, no sólo el sentido de la vida, sino el de la muerte, el del sufrimiento, el del mal. Y se pregunta por qué es conveniente hacer el bien y evitar el mal; o cómo afrontar las contradicciones internas que descubre en su propia vida y persona y en las de otros. Queremos

saber si se puede esperar retribución o éxito en esta vida; también en la otra vida. ¿Acaso hay correlación entre ambas? Me parece evidente, aunque se niegue en muchos círculos, que la gente se hace la pregunta sobre la posibilidad de la existencia de un Ser Supremo, del cuidado y providencia que de Él se puede esperar.

Claro que nos cuestionamos si este Ser Supremo es indiferente a lo que nos pasa, si es cruel o es capaz de una entrega amorosa. No todo es medible y cuantificable. No todo está en las redes sociales, que hay algo más que fútbol y las ganancias astronómicas de ciertos futbolistas, no todo es pornografía o alcohol o sexo. También interesa cuál es la razón del pecado, la injusticia y la desigualdad en el mundo. Es necesario reflexionar sobre cómo han respondido, han sentido, han expresado y anunciado todo esto los hombres de todas las épocas, culturas y credos, en la literatura, en el arte, la música, el cine.

Por ello es imprescindible que en la educación se estudie también Religión y la Escuela es mediación importante para ello, sobre todo en la Escuela Pública; también en la concertada y la privada. Nada tiene esto que ver con un privilegio que tuviera la Iglesia Católica. Ahí están los porcentajes de padres que eligen Religión para sus hijos en Toledo. Es importante, pues, resaltar la tarea educativa que llevan a cabo los profesionales de la enseñanza, los profesores de Religión que, aparte de haber obtenido la titulación civil necesaria, se han especializado para impartir la Enseñanza Religiosa Escolar (ERE).

Estos profesores no ganan mucho dinero, realizan su labor en muchos casos con dificultades sobreañadidas, como la constante reducción de sus jornadas o la desconfianza de otros profesores, y con amenazas de que desaparezca su asignatura; y ahí siguen enseñando y constituyendo en ocasiones en único lugar de encuentro con la reflexión sobre la trascendencia, la moral, lo religiosos cristiano, en definitiva, Dios, manifestado en Cristo en la Iglesia por el Espíritu Santo. Por ello tenemos que defender esa asignatura, reconociendo su grandeza, eligiéndola los padres para esos hijos en el momento más delicado de su formación y educación en la fe. También animando a los profesores de Religión, que no están solos en esta tarea.

No confundimos catequesis con clase de Religión. Los profesores de esta asignatura no confunden los planos; tampoco hay proselitismo ni rechazo de los padres que eligen otras alternativas, si las hay. Yo solo pido al Señor y a Santa María que nos ayuden en esta concienciación del valor de la clase de Religión.

SITUACIÓN EXTRAÑA

Escrito dominical, el 9 de junio

El nuevo Testamento, sobre todo en el gran discurso de despedida de Jesús en Jn 14-16, reconoce un relieve muy alto a la persona y a la misión del Espíritu Santo. Sin duda, el puesto que ocupa en la vivencia de nuestras comunidades y en la predicación y catequesis de nuestros sacerdotes es pobre y deficiente. Esta situación es calificada de “penosa” por obispo en un libro recién publicado. Tiene razón. Porque Jesús anuncia en su despedida “la promesa del Padre”, es decir, el Espíritu Santo, que realiza en nosotros una acción imprescindible. Hablemos un poco de este papel del Paráclito.

“Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mí nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que yo os he dicho” (Jn 14, 25-26). Jesús llama al Espíritu Santo “Espíritu de Verdad”; su presencia en nuestro corazón disipa la tiniebla de la mentira y la nebulosa de esas pseudoverdades, verdades a medio camino que acostumbra a emitir nuestro mundo. Por ello, el mundo no puede recibir al Espíritu Santo, “porque no le ve ni le conoce” (Jn 14, 17). Y si esta mundanidad espiritual invadiera la Iglesia, desfiguraría tan cruelmente a la Esposa bien amada, la Iglesia, que la religión parecería instalar el escándalo en el mismo santuario.

El Espíritu Santo nos sitúa más allá y nos rescata de este espíritu del mundo, del espíritu de ese “mundo” del cual es más peligroso ser amigo que enemigo. Nos libera también de esa trampa que tiende a mundanizar nuestro ministerio en los sacerdotes y la vida cristiana en todos los fieles. Jesús nos envía desde el Padre el Espíritu de Verdad. Nos dice que Él nos enseñará todo y nos recordará lo que el mismo Señor nos ha enseñado. La unción del Espíritu nos recuerda la verdad que Jesús ha traído y nos la sigue enseñado a lo largo de la vida. Nos empuja hacia el Misterio, nos introduce en el Misterio de Dios. No nos deja a mitad del camino, nos defiende de las confusiones, nos conduce hacia la plenitud y la madurez de la fe. De esta manera, como comunidad de creyentes, nos salva de pertenecer a una Iglesia gnóstica porque el conocimiento que nos infunde es sapiencial y está preñado de amor; es un conocimiento que nos hace discípulos de Jesucristo y no meros concedores de una filosofía o de una doctrina moral o social.

Pero el trabajo o la acción del Espíritu Santo en nosotros es también empujarnos al mundo, a ese mundo que no quiso recibir al Señor, ese mundo que odió al Señor y nos odiará también a nosotros. No nos repliega en nosotros mismos, sino que nos conduce a vivir en medio de nuestra sociedad para ser

testigos precisamente de la resurrección de Jesús. Porque no recibimos al Espíritu Santo para nosotros solos, de manera que fomentemos una espiritualidad de autocomplacencia. No lo recibimos para que nuestras comunidades cristianas posean el don del Espíritu que Cristo nos envía desde el Padre, gocen de Él y recuerden esta Verdad interiormente, para nosotros solos, y así no nos contaminemos. El Espíritu va más allá y nos envía, desde el misterio de Cristo en el que nos introdujo, hacia afuera. Nos hace misioneros, porque “¡Ay de nosotros, si no evangelizamos!”.

Quien mejor comprendió lo que el Espíritu hace en los miembros de la Iglesia es Nuestra Señora. Por ello está en Pentecostés con los discípulos esperando el Don de lo alto. A ella había venido el Espíritu Santo, y la fuerza del Altísimo la cubrió con su sombra (cfr. Lc 1, 35); la luz de su unción hacía que María conservara y meditara todos los acontecimientos en su corazón; y no perdió nunca la capacidad de admirarse con ese estupor que provoca la presencia del Espíritu, no se quedó a mitad de camino y llegó, perseverando, hasta el final, cuando “se levantó y se puso en camino” (Lc 1, 39). A rejujo de Nuestra Señora queremos ir también nosotros con la unción del Espíritu Santo.

PREOCUPARSE POR LOS MONASTERIOS

Escrito dominical, el 16 de junio

Todos sabéis la situación en que se encuentran tantas Comunidades monásticas femeninas. Las Hermanas contemplativas, por falta de vocaciones, sienten la angustia o la honda preocupación por su Monasterio y el futuro incierto de la propia Comunidad. No estamos ante un problema fácil. Pero ante las dificultades un cristiano no puede quedarse quieto, sino que, como la caridad de Cristo es creativa, siempre hay un modo de encontrar soluciones. De eso se trata, pero siendo realistas y buscando ayuda en Dios y en la comunidad cristiana. Para ello, es preciso conocer un poco el origen de esta situación grave de nuestros monasterios.

Quiero decir sencillamente que hemos dejado los católicos de Toledo muy solas a las Hermanas Contemplativas, sin caer en la cuenta del valor que tiene en la Iglesia esa hermosa vocación eclesial de monja contemplativa, como si nada ocurriera en nuestra Diócesis cuando desaparece un monasterio. Sí sucede algo serio: desaparece con este monasterio Hermanas que son signo del amor a Cristo con el corazón indiviso y la entrega de las que están siempre orando por el resto del Pueblo de Dios. Lo que os pido es hacer algo, lo que fuere; por supuesto, rezar, pero algo más por las que continuamente son monjas cuya vida orante es algo muy querido en el corazón de la Iglesia.

Mirad: generalmente a los católicos lo que más nos preocupa de las “Monjitas” es que tienen un edificio muy antiguo, con mucho valor artístico y, en ocasiones, con una capilla donde se está, si no hace frío, muy a gusto, y muy cerca de casa. *No nos diferenciamos mucho* de tantos en nuestra sociedad que están preocupados también por el futuro de los Monasterios, por la posible pérdida del patrimonio y el valor histórico de estos edificios singulares. Yo sé que este es un aspecto del tema, *pero no el único*. ¿Y esas Hermanas, que llevan muchos o pocos años en una vida singular, fieles a su vocación y que, día tras día, la entregan sin pedir nada a cambio? ¿Nos preocupan?

¿No merecen más interés que las obras de arte que pudieran tener sus casas o la historia que acumulan sus claustros y galerías? Es muy de lamentar, si ellas son solo para las comunidades cristianas parroquiales un lugar que puede atraer turistas a nuestra ciudad o pueblo, porque en el monasterio hay cosas de mucho valor. ¿No participamos los católicos de bienes que no son puramente materiales o estéticos? ¿Hemos compartido alguna vez con estas mujeres contemplativas las riquezas del espíritu que contienen estas Comunidades? ¿Hemos compartido su liturgia, su manera de ver la vida, lo mucho que les importan a ellas los demás hermanos cristianos que viven en sus pueblos o en sus ciudades y barrios?

Tenemos preparado un proyecto diocesano que vamos a llamar “*Con un solo corazón*”. Se trata, en pocas palabras, de ver la posibilidad de un hermanamiento de las comunidades cristianas, sobre todo las parroquiales, con los Conventos y Monasterios de la Archidiócesis de Toledo. Mi propuesta es que cada parroquia de la Iglesia toledana se acerque a un Monasterio de Clausura, que entre en contacto con este o aquel Convento y conozca a las Hermanas y qué necesitan o qué pueden compartir con ese grupo parroquial, con esa comunidad parroquial, grande o pequeña. No se trata de estar todo el día en el Monasterio, pues su vida tiene mucho de silencio y de oración. Pero siempre puede hacerse un calendario que vaya bien a la Comunidad Contemplativa y a los fieles de esta o aquella parroquia que quieran entrar en este proyecto. En la Diócesis de Toledo hay 273 parroquias y, ahora, unos 37 Conventos de Clausura.

¿No será posible un rodear a estas Hermanas Contemplativas de acción de gracias por parte de las parroquias diocesanas en la provincia de Toledo y en los arciprestazgos extremeños de nuestra Iglesia? ¿No habrá un preocuparse por la parte de nuestra Diócesis que somos los más en la Iglesia de Toledo (fieles laicos, consagrados, religiosos, sacerdotes, obispo) de las que son menos (las Monjas de clausura)? Leed bien, por favor, el contenido de ese proyecto *Con un solo corazón*. Os lo agradezco. Nos vendrá bien a todos. No puede perderse algo tan grande en nuestra Iglesia como la vida contemplativa; sobre todo, sin haber luchado y peleado por encontrar soluciones, algunas soluciones.

¿DÓNDE QUIERES QUE VAYAMOS A PREPARARTE LA CENA DE PASCUA?

Escrito dominical, el 23 de junio

¡Qué texto tan sugerente el que nos proporciona Mc 14, 12-15! La pregunta de los discípulos suscita una particular respuesta del Señor: “Id a la ciudad, os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidlo, y en la casa adonde entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta: ¿cuál es la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?” ¡Cómo preparaba el Señor las cosas! Y los hizo partícipes a sus discípulos de la preparación de ese acontecimiento tan sagrado y tan especial como fue la última Cena.

La Eucaristía es la vida de la Iglesia, es nuestra vida. Pensemos en la Comunión que nos une con Jesús al recibir su Cuerpo y su Sangre. Pensemos en su sacrificio redentor porque lo que comemos es su “Carne entregada por nosotros” y lo que bebemos es su “Sangre derramada para el perdón de los pecados”; ¡cómo no mirar por su preparación! Jesús dio mucha importancia a eso de preparar. Es una de las tareas que se reserva para sí en el cielo: “Porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo” (Jn 14, 2-3). La Eucaristía es ya un anticipo de ese lugar, una prenda de la gloria futura: Cada vez que nos reunimos para comer el Cuerpo de Cristo, el lugar en el que celebramos se convierte por un rato en nuestro lugar del cielo, Él nos toma consigo y estamos con Él.

Todo lugar en el que se celebra la Eucaristía –sea una Catedral, una humilde capillita o una catacumba- es anticipo de nuestro lugar definitivo, anticipo del cielo que es la comunión plena de todos los redimidos con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Así nos sentimos en esta fiesta del Corpus: nos sentimos en nuestro lugar común, reunidos donde Él está. Y su manera de estar es la del Resucitado que prepara la comida para los discípulos que habían pasado toda la noche sin pescar nada. San Juan, cuando narra este episodio, nos dice que, apenas bajaron a tierra, los discípulos vieron preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan (cfr. Jn 21, 9). Esa es la imagen verdadera de quién es Jesús para nosotros: El que cada día nos prepara la Eucaristía.

Pero, después de comulgar, nosotros tenemos que prolongar la Misa, llevar el fruto de la presencia del Señor al mundo de la familia, del barrio, del estudio y el trabajo, y pensar nuestra vida cotidiana como preparación para la Eucaristía, en la que el Señor toma todo lo nuestro y lo ofrece al Padre. Por eso, como discípulos, le podemos preguntar hoy de nuevo a Jesús: “¿Dónde quieres que te preparemos la Eucaristía?”. Y Él nos hará sentir también hoy que Él tiene todo preparado. Hay, sin duda, muchos cenáculos en nuestras

ciudades y pueblos donde el Señor ya comparte su pan con los hambrientos, hay muchos lugares bien dispuestos donde está encendida la luz de su Palabra, en torno a la cual se juntan sus discípulos. Hay mucha gente que camina con sus cántaros de agua y va dando de beber la Palabra del Evangelio a nuestra sociedad sedienta de espíritu y de verdad. Hay jóvenes que recorren un camino para llegar a esos cenáculos y que asisten a la procesión del Corpus en tantos lugares.

Pero el Señor quiere que preparemos su Eucaristía en todo suelo de nuestra patria, de nuestra ciudad, de nuestro pueblo. Hay que abrir lugar para que entremos todos, pues faltan muchos, saliendo nosotros a buscarlos hacia todas las orillas existenciales. En esta sociedad de tantos lugares cerrados, de tantos cotos de poder, de tantos sitios exclusivos y excluyentes, queremos preparar al Señor una “sala grande” en la que haya lugar para todos. Porque así son los banquetes del Señor. Fiesta en las que la sala, a la que muchos invitados despreciaron, se llena de invitaos humildes que quieren participan con alegría de la Acción de gracias del Señor.

II. HOMILÍAS

JUEVES DEL CORPUS

Santa Misa del Corpus Christi en Rito Hispano-Mozárabe S. I. Catedral Primada, 20 de junio

Queridos hermanos:

Estamos viviendo, un año más, la celebración de la Eucaristía, memorial que nos dejó el Señor para participar del sacrificio y del sagrado banquete, que alimenta nuestra fe. La fiesta del Corpus Christi siempre conmemora, como reflexión meditativa, la Última Cena de Cristo y su muerte en el Gólgota. También en nuestro Rito Hispano-Mozárabe que, de nuevo se despliega en la Catedral con todo su esplendor, para después prolongarse en la Procesión por nuestras calles y plazas.

Sin duda que el centro del Sacramento eucarístico es la celebración festiva del misterio santo en la cual el Señor reúne a su Pueblo, lo une y lo edifica como pueblo suyo. En la celebración, pues, Cristo une a este su pueblo en su ofrenda, se le entrega, y se deja recibir por nosotros. La Eucaristía, por tanto, no puede reducirse a un mero signo de comunión fraterna, de manera que se piense que, en el corto espacio de media hora, y poco más, de celebración consiste precisamente el misterio eucarístico.

Reducida la Eucaristía al instante de la acción sagrada se convierte en una minúscula isla temporal, al margen del resto del día, el cual permanece en su totalidad abandonado a la profanidad, al ajetreo de nuestras actividades y deseos mundanos. Hemos enfrentado así en competencia la celebración viva de la comunidad con la adoración del Sacramento cuando ésta es su condición, su espacio vital imprescindible. Nos pasa en parte como a aquel alcalde que me confesaba: “Aquí, en este pueblo, hay mucha devoción a la Custodia”. No sabía a quién adoraba, tras la celebración de la Santa Misa.

Solamente en un clima de adoración, la celebración eucarística puede tener también vitalidad; solamente cuando la casa de Dios y también la comunidad en pleno está continuamente imbuida de la presencia de Dios, que nos espera y demuestra silenciosa disponibilidad para respondernos, puede la invitación a la asamblea encaminarnos a la hospitalidad de Jesucristo y de la Iglesia.

He aquí, además, otra reflexión interesante para nosotros: la adoración al Santísimo significa la dimensión vertical, en la que se encuentra tanto el sacerdocio común de todos los fieles como el sacerdocio ministerial. Mientras que en la celebración de la Misa podemos decir que las dos vocaciones están una frente a otra, en la adoración se hace visible compenetración recíproca de todo el Pueblo de Dios. En este Sacramento, todos somos receptores. Ninguno de nosotros puede mantenerse en la presencia de Cristo Sacramentado más que en adoración. También la potestad del sacerdote tiene que ser, en definitiva, adoración: debe hacer de la adoración y desembocar en la adoración. Comunión y adoración forman, pues, una unidad que no se puede romper.

Comulgar, en efecto, significa entrar en comunión. Comulgar con Cristo significa tener comunidad con Él. Por este motivo, comunión y contemplación se encuentran mutuamente implicadas: una persona no puede comulgar con otra persona sin conocerla; tienen que estar abierta a ella, escuchándola y verla. El amor de amistad lleva siempre consigo también el momento de respeto, de la veneración. No podemos comulgar sacramentalmente, si no lo hacemos también personalmente. Las palabras del Señor en el Apocalipsis no valen solamente para el tiempo final: “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escuchar mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo (Ap. 3, 20).

Por ello, “Ningún tiempo dedicado a la adoración es en vano... nuestra adoración no debe acabar nunca” (Juan Pablo II, Carta apostólica sobre el misterio y el culto de la Eucaristía, n. 3, último párrafo (1980)). Es razonable: en la muerte de Jesucristo cada uno de nosotros ha sido amado hasta el extremo.

Pero también la adoración al Señor en el sacramento es una escuela para afinar nuestras conciencias: “Cristo viene a los corazones y visita la conciencia de nuestros hermanos (Ibíd., n. 6 &2). El ofuscamiento de la conciencia es el portón por el que se introduce la violencia que devasta al mundo. Quien

dirige su mirada al rostro del Señor, el rostro al que escupieron los siervos del Sanedrín y de Pilato, al que golpearon y abofetearon, ven en ese rostro el espejo de nuestra violencia, el espejo de lo que es el pecado, y recibe aquella purificación de la conciencia que es, al mismo tiempo, el presupuesto de toda reforma social, de toda mejora de los asuntos humanos. La reforma de las relaciones humanas consiste, por encima de todo, en el fortalecimiento de la fuerza moral. La virtud moral es la única fuerza que puede poner freno a la violencia y el egoísmo y allí donde se hace insignificante su influencia, el perdedor siempre es el propio hombre, en primer lugar, el débil.

Juan Pablo II dijo aquello de que la adoración eucarística “es una escuela de amor al prójimo” (Ibíd., n. 6 & 1). En la Eucaristía no veneramos simplemente a Dios. En ella nos sale al encuentro la ofrenda sacrificial de la vida de Jesús y, en dicha ofrenda, el amor mismo. Pero el amor solo puede comprenderse amando. “Por eso el culto eucarístico es el punto de encuentro entre lo personal y lo sacramental, lo sacramental y lo social, puesto en el que también están andadas la vitalidad apostólica y espiritual de la Iglesia, así como la de nuestro ministerio” (Ibíd., n. 4).

Es día de gozar de la presencia del Señor, de adorar su designio, de recibir su gracia. La Eucaristía es alimento de los peregrinos que se convierte en fuerza incluso para quien está cansado, extenuado y desorientado. Participando de la Eucaristía, vivimos de modo extraordinario la oración que Jesús hizo y hace continuamente por cada uno de nosotros a fin de que el mal, que todos encontramos en la vida, no llegue a vencer y obre en nosotros la fuerza transformadora de la muerte y resurrección de Cristo. Participando de la Eucaristía, nutriéndonos de la carne y sangre del Hijo de Dios, unimos nuestra oración a la del Cordero pascual en su noche suprema, para que nuestra vida no se pierda, no obstante, nuestra debilidad y nuestras infidelidades, sino que sea transformada. Amén.

ALOCUCIÓN EN LA PLAZA DE ZOCODOVER

20 de junio

Encontramos en la Sagrada Escritura unas palabras sorprendentes: “Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación. Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?” (Dt 4, 6-7). Son consideraciones que hacen los hijos de Israel, Pueblo de la primera Alianza. Pero que los cristianos, en la Iglesia de la Nueva Alianza, podemos pronunciar con mayor razón, alegría y gratitud que Israel.

En la Iglesia de Jesucristo, en efecto, nosotros sus hijos podemos experimentar una profundización de esa cercanía de Dios nunca antes imaginada: nuestro Dios, Jesucristo en la Eucaristía, llega a ser realmente compañero de nuestra vida. Se hizo carne, para poder hacerse pan. Se ha entregado en el fondo de la tierra y del trabajo del hombre; se ha puesto en nuestras manos y se ha introducido en nuestro corazón.

Dios no es el gran desconocido que nos dicen aquellos que dudan de su existencia, al que no solo podemos vislumbrar vagamente. Nosotros no hemos de temer, como los gentiles, que Él sea caprichoso o cruel, demasiado grande o demasiado lejano para escuchar al hombre. Él está ahí y nosotros sabemos siempre dónde podemos encontrarle, dónde se deja encontrar y nos espera. Hoy, en esta plaza, esta expresión de su cercanía debe penetrarnos de nuevo el alma: Dios está cerca, Dios nos conoce. Dios nos espera en Jesucristo, en el Santísimo Sacramento.

¡No le hagamos esperar en vano! No pasemos de largo, por nuestra distracción y nuestra pereza, ante lo más importante y grandioso que se ha ofrecido a nuestra vida. Estamos ante este misterio admirable que no pueden encerrar los muros de nuestros templos. Pero tampoco pasemos descuidadamente de largo por ellos; entremos en nuestras iglesias al pasar y permanezcamos un rato ante el Señor, que está tan cerca como aquí en la Custodia. Nuestras iglesias no deberían ser casas muertas, vacías y aparentemente sin ninguna finalidad. Siempre sale de dentro de ella una invitación de Jesucristo. Lo más hermoso de las iglesias católicas es, precisamente, que en ellas siempre, de alguna forma, hay liturgia, porque en ellas siempre mora la presencia eucarística del Señor.

“¿Dónde hay una nación tan grande, que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?” Cercanía cuya última profundización está en la cercanía eucarística del Señor. Pero esta cercanía se descubre igualmente por encima de todas las cosas, en las diez palabras de vida que son los diez mandamientos que Él nos ha dado. Por medio de estas diez palabras, Él está disponible a todas las preguntas de su pueblo. Porque Él está siempre dispuesto a hablar, llamarnos y escuchar nuestras respuestas. Por el contrario, desligando al hombre de Dios, se ha terminado por desligar de la ética muchas parcelas del quehacer humano: ciencia, comunicaciones sociales, economía, política. Simultáneamente se ha ido desligando el saber de la verdad, el trabajo de la realización de la persona, el progreso de la justicia social, el sexo del amor y de la procreación.

Sabemos, Señor Sacramentado, que, por medio de tu Ley, nos concedes la posibilidad de instaurar un orden político, social que oriente el camino. Por medio de tus diez palabras/mandamientos de vida nos concedes sabiduría y orientación que debemos seguir para vivir rectamente y tratar con justicia a los más empobrecidos. Por medio de esta Ley, por tanto, experimentamos

también la proximidad del Padre; Tú has retirado, por así decirlo, el velo de los enigmas de la vida humana y has respondido a las preguntas de los hombres y mujeres de todos los tiempos: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué hemos de hacer?

Reconocemos ante ti, Señor, como Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

S. I. Catedral Primada, 23 de junio

El Evangelio de este Domingo del Corpus es nada menos que la Buena Noticia de la multiplicación de los panes, que es uno de los hechos que ha quedado grabado para siempre en la memoria de la Iglesia. Nunca nos cansaremos de escuchar maravillados lo que aconteció aquella tarde, la narración de ese “gesto inédito” de Jesús. Fue una fiesta; una fiesta humilde, una fiesta de fe. Esta vez, Jesús sí multiplicó los panes y los peces, no como cuando rechazo convertir las piedras en pan.

El recuerdo de la multiplicación de los panes y peces (junto con el de las bodas de Caná) nos ha quedado en el corazón como el evangelio de la desproporción. Lo que salió de las manos del Señor que bendecían fue un derroche de pan: los cinco panes se convirtieron en cinco mil. La desproporción fue más allá de todo cálculo humano, ese cálculo “realista”, casi matemático que llevaba a los discípulos a decir con escepticismo: “¡A no ser que vayamos a comprar para dar de comer a todo este gentío!”.

Hubo sobreabundancia: todos comieron hasta saciarse. Hubo hasta derroche: recogieron las sobras, doce canastas. Un derroche en el que no se perdió nada, como en las casas de los pobres, tan diferente de los derroches escandalosos y ricos. Y es que el mensaje del Evangelio es claro, diáfano, cálido y contundente: donde está Jesús, desaparecen las proporciones humanas. Y, paradójicamente, la desproporción de Dios es más humana, más realista, más simple, más verdadera, más realizable que nuestro cálculo. La desproporción de Dios es realista y realizable porque mira la calidez del pan que invita a ser repartido y no a la frialdad del dinero que busca la soledad de los depósitos.

Pero el milagro de los panes no tiene nada de solución mágica. En medio de él está el mismo Jesús “con las manos en la masa”; diríamos un Jesús que reparte y se entrega a sí mismo en cada pan; un Jesús que ensancha su mesa, la que compartía con sus amigos, y le hace sitio a todo el pueblo; ¡un Jesús que es todopoderoso con el pan y los peces! “¡Qué lindo y hermoso es mirar los signos humildes, las cosas pequeñas con que trabaja Jesús: el agua, el vino,

el pan y los pescaditos!”. Decía el Papa Francisco en una homilía del Corpus. Con estas cosas humildes es omnipotente el Señor. Sus manos se hallan a gusto bendiciendo y partiendo el pan. Se puede decir que el Señor se desborda solo en aquellos gestos que puede hacer con sus manos: bendecir, sanar, acariciar, repartir, dar la mano y levantar, lavar los pies, mostrar las llagas... El Señor no levanta mucho la voz ni hace gestos ampulosos. Jesús quiere ser todopoderoso partiendo el pan con sus manos.

El gesto del Señor es un “gesto inédito”, aunque sea en algo tan pasajero como es una comida de pan y peces. Y es inédito también, porque es un gesto de todopoderoso que utiliza la mediación del servicio humilde de sus propias manos *junto con las manos de todos*. Se puede decir que el milagro de los panes fue un milagro realizado eclesialmente por todos los que iban compartiendo el pan.

Pensemos ahora, hermanos. La fiesta del Corpus es *la fiesta de las manos*: de las manos del Señor y de nuestras manos. De esas “santas y venerables manos” de Jesús, que continúan bendiciendo y repartiendo el pan de la Eucaristía, su Pan partido y repartido, por Él y por nosotros. De esas manos nuestras, necesitadas y pecadoras, que se extienden humildes y abiertas para recibir con fe el Cuerpo de Cristo. Pero que nos recuerdan que no nos está permitido no socorrer a los miembros dolientes del Cuerpo de Cristo, en la Iglesia y en el mundo.

¿Hemos aprendido que el pan divino trasforma nuestras manos vacías en manos llenas, con esa medida “apretada, remecida, desbordante” que da Dios al que es generoso con sus talentos? Hermanos: que el dulce peso de la Eucaristía deje su marca en nuestras manos para que, unguadas por Cristo, se conviertan en manos que acogen y contienen a los más débiles. Que el calor del pan consagrado nos queme en las manos y en el corazón con el deseo eficaz de compartir un don tan grande con los que tienen hambre de pan y de Dios, de justicia, en definitiva.

Que la ternura de la comunión con este Jesús que se ponen sin reservas en nuestras manos en un “gesto verdadero, “gesto inédito”, nos abra los ojos del corazón a la esperanza, para sentir presente a Dios que está “todos los días con nosotros” y nos acompaña en el camino.

Miremos ahora a la Virgen Santísima: ella de algún modo profetizó esta multiplicación de los panes en el Magnificat, cuando anunció al Dios que *“hace proezas con su brazo... a los hambrientos los colma de bienes y despidió a los ricos con las manos vacías”*. Que ella interceda ante su Hijo para que una vez más mire con amor a nuestro pueblo que también hoy necesita realizar un “gesto inédito”. Que pida del Señor que Él, presente en medio de nosotros, otra vez nos vaya dando con sus manos el Pan de la Eucaristía para entrar en la comunión con Él y para aprender a compartir como hermanos. También que nos ayude a ver la desproporción entre la generosidad de Dios y la nuestra; así nos animaremos a amasar ese “gesto inédito” que nos inspire la generosidad y nos saque de la desesperanza.

VICARÍA GENERAL

PRESENTACIÓN DE LOS VOLÚMENES DE ESCRITOS PASTORALES Y HOMILÍAS DEL SR. ARZOBISPO 2009-2018

**Salón de Concilios del Arzobispado de Toledo
21 de junio de 2019**

En el Salón de Concilios del Arzobispado de Toledo fueron presentados, el día 22 de junio, los escritos pastorales del Sr. Arzobispo, desde su primer saludo a los fieles de la Archidiócesis de Toledo, el 16 de abril de 2009, hasta el 31 de diciembre de 2018. Los escritos han sido editados en tres volúmenes que recogen sus Cartas Pastorales, sus escritos dominicales y sus homilías. En el acto de presentación, con ocasión del décimo aniversario de su toma de posesión de la sede primada, intervino el Secretario General de la Conferencia Episcopal Española y Obispo auxiliar de Valladolid, monseñor Luis Javier Argüello. Antes el delegado diocesano de medios de comunicación, don Juan Díaz-Bernardo Navarro, y el Sr. Vicario General, don Francisco César García Magán, presentaron, respectivamente, las características de la edición y los contenidos de los tres volúmenes. Publicamos a continuación las palabras de ambos.

UNA DÉCADA DE SERVICIO EPISCOPAL

Palabras de presentación del Sr. Vicario General

Era el 21 de junio de 2009 cuando tomaba posesión de la Iglesia toledana un nuevo arzobispo, el 120º, Don Braulio Rodríguez Plaza. Arzobispo nuevo, pero con un sólido bagaje de experiencia episcopal, atestiguada en tres sedes: Osma-Soria, Salamanca y Valladolid. Un arzobispo en la madurez de su vida y de su episcopado pero con aire y espíritu joven, de trato cercano y familiar, con ganas de asumir el timón de esta iglesia particular, dejándose guiar por el soplo del Espíritu, recogido en las velas del Evangelio, como simboliza su escudo episcopal.

Hemos gozado ya de diez años de su ministerio en Toledo, i una década de servicio episcopal! La ocasión es propicia para hacer memoria y, recordando, dar gracias. Memoria agradecida, “eucaristizada”, por estos 120 meses de

generosa entrega pastoral, sin escatimar esfuerzos ni dedicación, sin ahorrar horas ni días, sin reservarse nada para sí.

Por eso, es para mí un alto honor y una dicha prologar los tres volúmenes de *Escritos pastorales* que recogen su magisterio durante estos diez años. Quieren ser un signo sencillo del agradecimiento profundamente sentido de esta archidiócesis primada de España, de su clero, de sus seminarios, de la vida consagrada y de los fieles laicos hacia aquel que nos preside en la caridad, como sucesor de los Apóstoles y vicario de Cristo. Estos volúmenes son testimonio de su palabra escrita y de su palabra pronunciada; en definitiva, de su servicio a quien es el Verbo encarnado.

El Concilio Vaticano II, gracia especial de Dios para la Iglesia contemporánea, señala en la constitución dogmática *Lumen gentium* n. 25: “los Obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, o sea los que están dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de ser creída y ha de ser aplicada a la vida, y la ilustran bajo la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación cosas nuevas y viejas, la hacen fructificar y con vigilancia apartan de su grey los errores que la amenazan”. Don Braulio ha hecho realidad este mandato conciliar siendo maestro y guía de la fe. La relectura pausada de este *corpus* magisterial, que aquí se ofrece, será muy provechosa para alimentarnos en la fe y alentarnos en el compromiso apostólico.

En este primer volumen se recogen las cartas pastorales. Se trata fundamentalmente de las que ha dirigido en cada comienzo de curso, al hilo de los objetivos anuales del Plan Pastoral Diocesano, que bajo la perspectiva general de la nueva evangelización para la familia y desde la familia, inspirada en la iniciación cristiana, ha permitido ir subrayando los distintos aspectos de la misión de la Iglesia en su triple función de enseñar, santificar y pastorear. De este modo, constituye un preciso y precioso vademécum de teología pastoral actualizada en fidelidad amorosa al magisterio de la Iglesia. Además este primer tomo contiene la carta con motivo de la instauración del diaconado permanente en nuestra archidiócesis; otro regalo suyo que enriquecerá el presente y el futuro de nuestra iglesia particular.

El segundo volumen, bajo el título *Escritos*, incluye una variada y numerosa serie de intervenciones escritas de nuestro pastor en diversos ámbitos. Don Braulio es un convencido de la capacidad evangelizadora de los medios de comunicación social y, por ello, ha potenciado y alentado la rica herencia que, en este nuevo areópago para el anuncio del Evangelio, le han legado sus predecesores inmediatos. Su solicitud por Canal Diocesano, por Radio Santa María, por el semanario *Padre nuestro*, por la página web y por las redes sociales ha sido constante en este decenio. Por ello, gran parte del material recopilado en este segundo tomo está constituido por sus escritos dominica-

les, a los que se añaden otras contribuciones en la prensa escrita local y su significativo primer saludo a los fieles de esta archidiócesis al ser nombrado Arzobispo de la misma, el 16 de abril de 2009.

La diversidad de temas sigue, en gran parte, el hilo conductor del año litúrgico y de otros acontecimientos vividos en la Iglesia universal o en la iglesia diocesana. Se pone así de manifiesto la doble dimensión del ministerio episcopal señalada por el decreto conciliar *Christus Dominus*, a saber, la relación de los obispos con la Iglesia universal y con la iglesia particular. Igualmente son objeto de la reflexión de Don Braulio situaciones y circunstancias de la vida pública, social o económica, para recordarnos que el Evangelio es Buena Nueva para el ser humano en todas sus dimensiones y para todos los seres humanos. Estaríamos incumpliendo el mandato de Jesús y traicionando su encarnación, si dejáramos sustraer el Evangelio de las realidades humanas individuales y sociales.

Las homilias constituyen el contenido mayoritario del tercer volumen. Como indica la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*, la homilía es “parte de la misma liturgia, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana” (n. 52). La enseñanza homilética de nuestro Arzobispo refleja las muchas horas que ha dedicado al estudio y a la meditación de la Sagrada Escritura. Junto con la explicación del contenido teológico de cada solemnidad, fiesta o celebración litúrgica, Don Braulio expone con competencia bíblica y con maestría catequética el núcleo de la palabra de Dios revelada. La lectura de estos textos nos ayudará a gustar de la Sagrada Biblia, y a captar y comprender el vínculo intrínseco que la une a la liturgia de la Iglesia. Así las palabras de nuestro pastor constituyen aguas cristalinas que transparentan y conducen a la Palabra.

Así mismo se recogen, en este último volumen de la serie de *Escritos pastorales*, algunos discursos del Señor Arzobispo, como el que sirvió de presentación al Plan Pastoral Diocesano o los que ha ido pronunciando año tras año en la apertura del año judicial de nuestra archidiócesis. Éstos tienen una especial relevancia porque ponen de manifiesto la importancia que Don Braulio otorga al ejercicio de su potestad judicial como expresión de la función de pastorear a su pueblo, signo muy delicado de caridad pastoral para aquellos que buscan justicia en el seno de la Iglesia Madre.

En el tercer tomo, por último, se inserta un documento precioso por su autor y por su contenido: la carta que el Papa Benedicto XVI quiso enviar al Señor Arzobispo con ocasión del 25º aniversario de su ordenación episcopal, el 20 de diciembre de 2012. En ella, el entonces Santo Padre hacía memoria del ministerio episcopal de Don Braulio y alababa sus acciones pastorales en esta sede primada.

Deseo ahora expresar mi viva gratitud a los Muy Ilustres Señores D. Juan Díaz-Bernardo Navarro, D. Francisco María Fernández Jiménez y D. Juan Manuel Sierra López por su generosa colaboración en la preparación de esta obra; así como a D. Anastasio Gómez Hidalgo, Ecónomo Diocesano, por el entusiasta impulso que ha querido ofrecer a este proyecto.

El lema episcopal de Don Braulio es “No me avergüenzo del Evangelio”, tomado de la carta de san Pablo a los Romanos (1,16). El magisterio de nuestro Arzobispo, que ahora recopilamos, y el testimonio de su vida nos edifican a todos día a día. Para quienes tenemos la gracia y el gozo de colaborar estrechamente con él, ha sido y es una escuela evangélica contemplar su solicitud pastoral, generosa y abnegada, por esta amada iglesia particular de Toledo.

¡Muchas gracias, Don Braulio, por no haberse avergonzado nunca del Evangelio!, ¡gracias, muchas gracias, Don Braulio, porque nos ha enseñado con su ejemplo a no avergonzarnos nunca del Evangelio! Que el Buen Pastor, su Madre Santísima y san Ildefonso se lo paguen ahora y siempre.

LA EDICIÓN DE LOS ESCRITOS PASTORALES Y HOMILÍAS DEL SR. ARZOBISPO

Palabras del Delegado Diocesano de Medios de Comunicación

Hace unos meses, estando ya próximo el décimo aniversario del comienzo del ministerio episcopal del Sr. Arzobispo como Pastor de esta Archidiócesis, el Sr. Vicario General encomendó a la Delegación Diocesana de Medios de Comunicación la publicación de sus Escritos Pastorales y de sus Homilias durante estos diez años. Para que la edición pudiera estar terminada para el día de hoy, se optó por cerrar la recopilación de los documentos el 31 de diciembre de 2018. Queda, pues, por publicar un cuarto volumen, en el que se habrán de recoger los escritos y homilias a partir del 1 de enero del presente año.

La edición de los “Escritos pastorales y homilias” del Sr. Arzobispo se ha concebido en tres volúmenes que agrupan sus Cartas Pastorales, sus escritos dominicales y sus homilias y discursos. En total, 1.542 páginas de 155 por 230 mm., en tipografía de la familia Georgia, del cuerpo 10 y 13 puntos de interlineado; 599 documentos que, ya solo por su número, nos dan idea de la labor magisterial del Sr. Arzobispo, de ese “munus docendi” que el Señor le encomendó y que es solo un aspecto de su misión pastoral.

El 21 de junio del año 2009, al tomar posesión de esta Sede, don Braulio se añadía a la larga lista de Pastores que, en el nombre del Nuestro Señor Jesucristo, ha regido y apacentado al Pueblo de Dios en Toledo. Es el número

120 en la línea ininterrumpida de la sucesión apostólica en esta archidiócesis primada. A quienes nos gusta pensar que, tanto en la pequeña como en la gran historia de los hombres y de las comunidades, las cosas no suelen suceder por casualidad, nos resulta fácil pensar en el significado simbólico de algunos hechos. Y aquí tenemos uno muy claro y evidente: el número 120 es el resultado de multiplicar el 10, el primero de los números perfectos, según recordaba san Isidoro, por el 12, el número de las tribus de Israel, el pueblo de la Antigua Alianza, el número de los doce apóstoles, columnas del Pueblo Santo de Dios, y el número de las doce puertas de la Nueva Jerusalén, la Ciudad Santa que ha de ser nuestra plenitud y cuya fuente de gracia anticipamos ya en nuestro peregrinar terreno.

Si de entrada atendemos a la simbología de los números podríamos decir con propiedad que, en el tiempo presente, el Pueblo de Dios que camina en Toledo guiado por su Pastor, es llamado a vivir un tiempo de gracia y de salvación. En la palabra de su Pastor ha recibido y recibe la luz que le ayuda en su marcha como pueblo peregrino en el camino del Reino.

Eso es lo que hemos querido significar, precisamente, en la imagen que ilustra la cubierta de los tres tomos. Se trata de una fotografía del Sr. Arzobispo que fue realizada en la sacristía de la Catedral Primada en la mañana del pasado Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor. Ahora, querido don Braulio, ya sabe Vd. porqué el Sr. Vicario General insistía tanto en la foto...

En ella don Braulio sujeta entre sus manos el báculo que, aunque es una obra de orfebrería religiosa actual, del año 2009, remite al momento culminante de la historia de los prelados toledanos, el mismo que cierra el ciclo iconográfico de la Sala Capitular de nuestra Catedral: la Descensión de la Virgen María desde los Cielos para la imposición de una Casulla Celestial a san Ildefonso. En la imagen el Sr. Arzobispo viste la conocida casulla de las Clavellinas, una magnífica obra de bordado floral en matizado de sedas polícromas, con claveles en tonos salmón, rojo y tostado, de finales del siglo XVII y principios del XVIII. Y lleva, finalmente, su propia mitra... No podía, pues, haber imagen más apropiada, para remitirnos a las raíces de nuestra identidad eclesial, que nos permite recuperar la memoria del pasado y nos urge a vivir el presente como tiempo de plenitud y de gracia...

Cada uno de los volúmenes está ilustrado con una fotografía con significado propio. El primero, de 250 páginas, recopila sus nueve Cartas Pastorales durante estos años y la fotografía que lo ilustra en el interior es también del Domingo de Pascua de este año. Por ser el volumen de sus Cartas Pastorales, resaltan en ella, especialmente, el báculo y el anillo pastoral.

El segundo volumen, de 699 páginas, recoge sus escritos dominicales y algunos otros, hasta un total de 396. La fotografía que lo ilustra fue realizada, en la sacristía de la Catedral Primada, el 20 de diciembre del año 2012, en el

vigésimo quinto aniversario de su Ordenación Episcopal.

Finalmente, en el volumen tercero, de 591 páginas, se recopilan sus homilías, la mayor parte de ellas en su sede de la Catedral Primada, y algunos discursos. La fotografía corresponde a su homilía en la Santa Misa en Rito Hispano-Mozárabe de la solemnidad del Corpus Christi, el 26 de mayo de 2016. Hemos querido que sea precisamente esa foto porque expresa la tradición conservada especialmente en nuestra Archidiócesis de la venerable liturgia que nos enraíza con la fe de los Padres de nuestra Iglesia y permanece viva a lo largo de nuestra historia.

Por último, permítanme solo tres breves cuestiones:

La primera, dar las gracias. A Vd., Sr. Arzobispo, por su Magisterio que vemos recogido en estas páginas y que siempre nos ayudará a entender nuestro presente con firme y confiada esperanza; al Sr. Vicario General, por haber confiado en la Delegación Diocesana de Medios de Comunicación para la publicación de estos volúmenes; a don Francisco María Fernández Jiménez y a don Juan Manuel Sierra López, que han tenido la paciencia -yo diría que "santa paciencia"- de asumir el arduo trabajo de la corrección de pruebas; y a Lince Artes Gráficas, que ha cuidado con esmero la presente edición.

La segunda, una súplica a todos: sean indulgentes con las erratas. Porque, a pesar de los esfuerzos de todos, alguna errata se ha infiltrado entre sus páginas. Si es cierto que todo buen libro ha de tener una buena errata, debo confesarles que estos deben ser unos buenos libros, porque nada más abrir el primero de los volúmenes, descubrí la primera errata en un texto que, se lo aseguro, había leído unas cuantas veces. Dicen que son los duendes de la imprenta, pero yo prefiero pensar que son algunos angelillos traviesos que, a causa de su inexperiencia, dejan sin pretenderlo su huella inocente para la historia.

Y la última: para concluir, les pido licencia para romper las exigencias de las formas. Hace unos días, cuando celebrábamos la jornada de acción de gracias, y tras escuchar las palabras finales del Sr. Vicario General, Vd., Sr. Arzobispo, espontáneamente extendió sus brazos abriéndolos a todos y nos dijo escuetamente: "Os quiero". Pienso que en estas dos palabras tal vez Vd. resumía, sin pretenderlo, su vida y ministerio con nosotros. Querido don Braulio, podríamos decir muchas cosas para explicar las razones pastorales y las cuestiones técnicas de estos tres volúmenes. Pero, al final, todo podría resumirse también en unas pocas palabras: "Por que le queremos".

SECRETARÍA GENERAL

I. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 17 de junio:

- Rvdo. Sr. D. Rubén Carrasco Rivera, consiliario diocesano del Movimiento Familiar Cristiano.
- Rvdo. Sr. D. Emilio Palomo Guío, viceconsiliario diocesano del Movimiento Familiar Cristiano.
- D. Juan José Peces Morera y doña María Isabel Comendador Arquero, presidentes diocesanos del Movimiento Familiar Cristiano.

II. NUESTROS DIFUNTOS

-D. Eustasio García González. Nació en Torrecilla de la Jara el día 23 de marzo de 1922. Fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1945. Ejerció el ministerio pastoral como coadjutor de Villacañas (1945), ecónomo de Herencia y Membrillo (1946), ecónomo de Humanes-Mohern-Alarill (1952), ecónomo de Mocejón (1956), párroco de La Pueblanueva (1965). Jubilado desde el año 1987 falleció en Madrid el día 23 de abril de 2019. Recibió cristiana sepultura en Madrid el día 24 de abril.

